



# El monólogo de la Reina

POR LUCY CRISTINA CHAU

¿A quien se le ocurre? Una sólo puede llamarse Reina por dos razones: una, porque fuera la primogénita de un idiota y la otra, porque la madre –grandísima tonta– se impulsara. Así es que en realidad es una sola y triste razón. Una se llama Reina porque sus padres no tienen imaginación, sentido de la ubicación, ni sensatez.

Está bien, las intenciones son buenas, pero eso no repara el daño. En todo caso el nombre completo sería “Reina de su casa”, pues casi a los cinco años una descubre que sólo en su casa creen eso de la reina. Para la maestra eres una niña más, para los compañeritos una innumerable, para el tendero un motivo de chiste y para los amigos de tus padres una pobre criaturita víctima de unos insensatos.

¿En qué estaban pensando cuando decidieron arruinarme la vida? Si se imaginaron a una personalidad, a una mujer imponente con una vida no menos que soberana, debieron darme una dote que acompañara. Pero ¿cuál dote? si mi padre se fue de casa cuando tenía siete años y mi madre, quien jamás pudo dejar de llamarme Reinita, se jubiló con salario mínimo. Así es que aquí estoy, con un nombre que nada tiene que ver con mi personalidad, con mi estado civil o estatus económico.

El único que llegó a alucinar con mi nombre fue un borracho de la oficina. Reina, Reinita,

me decía en la fiesta de fin de año. ¡Toda la vida te he querido, Reinita linda! - me repetía arrimado a la mesa que habíamos reservado con las compañeras de contabilidad. Llegó un momento en que la música estaba a todo dar y las muchachas aprovecharon para salir a bailar, porque sino se les iba la noche en blanco, sin sudar el vestido. Anímate, Reina, me decían, y yo hasta me lo estaba pensando, pero el hombre me interceptó con su mano tendida. Yo no quería pasar el ridículo, bailando con un borracho. Quién sabe, con esa cantidad de celulares con cámara fotográfica, lo que puede pasar.

–No –le dije – yo más bien tengo ganas de irme a la casa. –Ay, Reinita, si tu quieres yo te llevo, mi amor – me contestó. Entonces me decidí. Le acepté la propuesta, aprovechando que toda la concurrencia se había involucrado en un ridículo trencito, en donde aprovechan para tocarse disimuladamente. Tomé mi cartera y le dije que le agradecería el favor de llevarme. Como pudo, se incorporó y se tomó mis palabras como si se tratara de algo urgente. Cuando me insinuó que iba a despedirse, le dije que no, que prefería salir inmediatamente, y sin chistar, se apresuró a salir de la sala.

Llegamos a mi apartamento bastante rápido. Parecía que la juma se le había despejado un poco y me preguntó si alguien me esperaba. Entonces le dije que no, y que de hecho le iba a

pedir que me acompañara a la puerta para evitar que me asaltaran. No era tan cierto lo de mi temor, sino que en realidad quería probar que podía sostener sus palabras de borracho. Me pidió usar el baño y allí supe que podía por una vez en la vida ser una verdadera reina.

El caballero pasó al sanitario casi de mi brazo, y yo me instalé en el sofá con dos vasitos de gaseosas con hielo. Al salir, traía una sonrisa muy tierna y mencionó lo bonito que era el baño. Le ofrecí un refresco para que no se fuera a dormir en el viaje y no tardó en colocarse junto a mí en el sofá –Reinita – me decía – qué hermosa es usted, corazón. Y yo le miraba con cara de reclusa. Entonces me tomó de la mano y me acercó esa boca hedionda a alcohol a mi oído izquierdo para decirme “en serio, Reinita, eres la mujer más hermosa de la oficina”, todo eso arrastrando cada consonante.

Así que Reina, Reinita, que no había sido reina desde su infancia, se dejó toquetear por el borracho de la fiesta, y por primera vez, dejó los cuidados en el más despreciable acto de desesperación que pudiera ocurrir. Me dejé susurrar al oído que moría de amor por mí, que mi piel era una seda preciosa que lo volvía loco, que mis cabellos soltaban un perfume celestial, y todo esto mientras con la mano derecha se metía por la altura de mi cintura hacia mi espalda y con la izquierda me apretaba la piel más cerca de mis senos.

Me atrajo hacia sí, para darme un beso, que resultó al principio un derroche de saliva y aliento alcohólico, pero hice de tripas corazón y decidí sorberlo con la dedicación de un niño con su barquillo de chocolate. En pocos segundos su boca chorreada fue cosa de juego y me dediqué a explorar todo lo que podía jugar entre labios, dientes y esa lengua tiesa que me quería meter hasta la garganta. Pero eso me duró muy poco, puesto que el amante intrépido, pasó a lamer mi cuello, dejándome sin oficio la boca, más que para dar pequeños suspiros y decirle que tenía que irse. Así que como sospechaba, la amenaza lo apuró mucho más y volvió a mis labios con su dedo índice para pedir mi silencio y sellarlo con otro beso tropezado por tanto ron.

Yo callé, como para mostrar mi agonía y el hombre siguió soltando botones como pudo, pero pronto me atrajo la mano hacia su pantalón, para que yo sintiera las urgencias de su entrepierna. La cosa era contundente y yo no estaba muy segura si debía desabrochar la correa o seguir sobando el tronco del árbol que había crecido bajo su cintura. Pero en cuanto yo intentaba quitar la mano, el hombre volvía y me la colocaba. Me apretaba las nalgas y de un salto pasó su mano derecha a mi entrepierna por debajo de mis faldas. Torpemente fue echando a un lado mis interiores y soltó un bramido cuando logró coronar en su objetivo. Sí, me puse inquieta, pero en este punto la Reina estaba en jaque, si se me permite semejante licencia. Cortar con todo en ese momento era ya caer en la ridiculez no vista. Cuando me pasaban por la mente los chismes de la oficina, me decidí a terminar esa historia con gallardía y sin provocar un desorden peor, en el que el caballero terminara quejándose en los pasillos de que lo hubiera calentado a tal punto, para después volverme una histérica, tal y como describieron a varias compañeras por defender el último minuto de honor que les quedaba.

Allí supe que era mejor obligarlo a guardar silencio, para que por lo menos se viera en la obligación de moderar sus comentarios. Sólo tenía que acordarme de no hacer grandes espectáculos. Era mejor pasar por aburrida y el comentario sólo sería “me la comí”, pero sin llegar a las risitas por culpa de esos gritos desaforados de los que algunas compañeras eran acusadas por los galanes de happy hour. Pero entonces, se me ocurrió algo mejor, tenía que hacer de este encuentro una verdadera experiencia sensorial, para poder comprar su silencio. Había muchas relaciones en la oficina que se mantenían por años en secreto, y todo porque el afectado quedaba tan entusiasmado, que prefería volver como perro amaestrado al templo de la diosa que lo había bendecido.

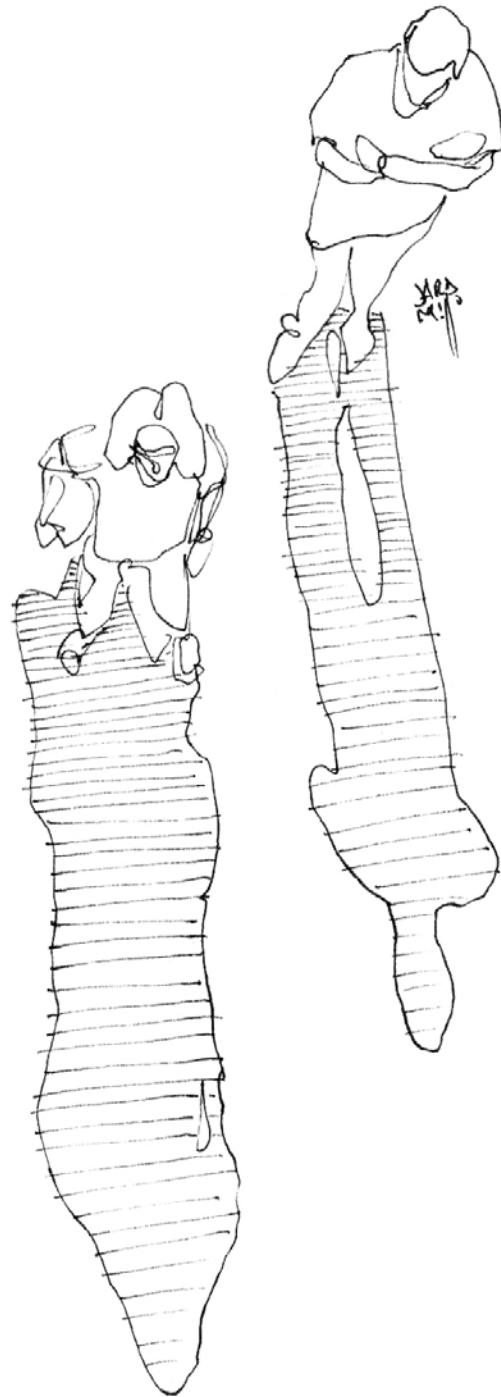
Pero mientras yo pensaba en convertirme en Julia Roberts para Richard Gere en la legendaria *Pretty Woman*, o en una Sharon Stone de la oficina de auditorías, mi galán, el lacayo de la reina, el Miguel Bosé del Ron Abuelo, yacía dormido sobre

mis pechos, babeando de amor por mi vocación de colchón. Todos los cálculos, mi rendición, mis ideas de lanzarme al estrellato en su entrepierna, quedaron frustrados por el exceso de alcohol. De todas formas insistí en tocar allí, donde una vez mi mano palpara la promesa de hacerme soberana de los esprines del sofá, pero cualquier cosa que hubiera habido viva, había pasado a mejor vida, y ni siquiera el apretón sincero de mi mano le recordó que había una colega dispuesta a escuchar sus declaraciones de amor adolescente.

La Reina se deslizaba cómodamente debajo del pueblo que una vez la aclamó, y mientras se abotonaba la camisa y se bajaba la falda, pensaba en que ni siquiera perdió la ropa en la operación. Me dije a mí misma que era inútil luchar contra ese estado, que tanto trago no permitiría la feliz unión que con demasiada inocencia creí merecer, así es que decidí esperar con la majestuosidad de una verdadera dueña de palacio. Me fui a la recámara y me puse mi mejor camión, me peiné y me pinté nuevamente los labios, dejando una luz de mesa encendida para que al despertar en la madrugada pudiera verme en la penumbra. Dejé la puerta de mi habitación abierta y esperé.

Ya me estaba venciendo el sueño, cuando escuché que se movía en la sala. Cerré los ojos discretamente para que pudiera contemplarme sin sentirse intimidado. En mi vagina la humedad se acrecentaba, el calor se iba intensificando, y en mis pechos, la sólo idea de ser abordados hacía que se endurecieran con fuerza. No pude evitar suspirar, pero disimulé dando la media vuelta hacia mi costado izquierdo.

Cuando la puerta se cerró, la luz intensa de los últimos segundos de madrugada empezó a colarse por mi ventana. Mis dedos fueron recorriendo los senos y el trágico portal de mi reinado, y toda la mañana del sábado me acompañaron a gozar de la tibieza de mis más dulces y solitarias ganas de ser llamada Reina.



---

LUCY CRISTINA CHAU. Panamá, 1971. Licenciada en Humanidades con especialización en Inglés, por la Universidad de Panamá. Es intérprete oficial. Ganadora del Premio Centroamericano de Literatura “Rogelio Sinán” 2010, de la Universidad Tecnológica de Panamá por la obra *De la puerta hacia adentro* (UTP, 2011). También ha ganado el Concurso Nacional de Literatura “Ricardo Miró” en 2008 como poeta con *La casa rota* (INAC, 2009) y el Premio Gustavo Batista Cedeño 2006, con *La virgen de la cueva* (INAC, 2006).